

# **El Comandante**

Rafael Zamudio Valdés

# I

Se levantó exhausto y sediento. El día anterior había tomado demasiado néctar de los dioses. En su despabilé recordó la cercanía del viaje, la necesidad de acabar con los preparativos. Corrió hacia el calendario y con un ademán ceremonioso tachó otro día más y dibujó otro círculo encima de la fecha de su ida. Eran todavía las 4 de la mañana, había dormido muy mal, pero se dispuso a comenzar el día. Aceptó el insomnio de buen humor. Se dirigió al baño y se lavó la cara para quitarse la modorra mientras se veía fijamente al espejo.

En su fantasía de madrugada veía el recibimiento de sus compas de guerra; se emocionaba por regresar a esa aura de respeto que solo encontraba allá. Sin necesidad de ninguna pretensión, en El Salvador, él era otro. Se movía como pez en el agua, tenía contactos en todos lados y cualquier entuerto lo resolvía con su sola presencia. En cambio, en Alemania su proselitismo por la Organización lo tenía harto; ya no soportaba las caras de ilusión tan patéticas, o aquellas de burla, que le daban los estudiantes y sus colegas. En el pueblo, fuera del trabajo, no era mejor. La gente ni siquiera sabía dónde se encontraba el país y su proyecto se terminaba mezclando con tantos otros proyectos, sin importar que fueran de apoyo a niños con cáncer, de investigación de la leucemia, contra el cambio climático, contra el hambre en África o campañas anti-China.

La cercanía del viaje lo tenía ansioso, pero ese mariposeo estomacal (descontando el de la resaca) lo reavivaba después de tantos meses de soledad y desmotivación. Pasó a la sala donde su proyector estaba siempre listo, tomó una cerveza regional y ajustó los negativos de los tiempos de la guerra. Sentado en el sillón, arropado por la anonimidad y complicidad juvenil de la noche veía las fotografías. Extrañaba esos rostros morenos, entonar el himno de la Revolución, el sentimiento de comunidad y la solemnidad de la lucha. Se levantó por una botella más y luego otra. Iba rápido pasando de fotografía en fotografía, cuando paró en una de él mismo en su juventud serreña, guerrillera. Con su trago bien posado sobre su gran barriga cervecera, vio en ese joven con rifle la esperanza perdida de una revolución incompleta. Se acabó la botella con un último buen trago y con sus trémulas piernas de pollo caminó hacia el refrigerador por una más. Lo abrió y se quedó mirando su interior con ojos perdidos.

El trabajo que ahora hacía en el Salvador, ¿era todavía Revolución? Cada cama de hospital, ¿mataba poco a poco el sistema? Cada pequeña ayuda a la gente, moral o material, ¿revivía la flama? En el lujo de la comodidad alemana era fácil olvidar el extremo de necesidad al que se puede llegar, pero también lo hacía dudar de sus esfuerzos. Todo seguía igual, en realidad; sin embargo, sin combatientes como él la cosa estaría peor. Eso sin duda.

Inhaló sonoramente para luego soltar un fuerte resoplido mezclado con su correspondiente eructo y tomó otra botella; abrió la cerveza y se sentó en el sillón. Perdió el control y casi se acabó la cerveza con unos pocos tragos. Luego retomó el control, siguió repasando sus recuerdos de cámara y sintió el suave arrullo del alcohol. Su orgullo y su motivación regresaba; la nostalgia de la guerra que le daban las fotografías, esa melancolía por la nimiedad de la actividad de posguerra, iba convirtiéndose poco a poco en fervor rojo. Lo que no compartía con sus connacionales dejó de parecer una tragedia y regresó su vanagloria. En la cara ya aletargada por el alcohol, al Comandante se le dibujó una caída sonrisa, marcial y superior. Se puso su uniforme moralista y su ego tomó vuelo. Era suya la cruzada solitaria, su historia no compartida, la necesidad de los salvadoreños. Era suyo todo. El país, la gente, la guerra.

## II

Los comensales y la dueña del restaurante esperaban impacientes por la reaparición del hombre. Incluso las cocineras se apretujaban tras la puerta para verlo. Súbitamente, el Comandante salió del baño con mirada triunfante, dejando un ligero olor a mierda por los lugares por los que se paseó después; saludó a los viejos trabajadores del restaurante (si se le pudiera llamar así al changarrito en medio de la carretera) e ignoró olímpicamente a los nuevos. No

cabía duda de que con esa apatía para con las fosas nasales de los demás, el Comandante imponía su autoridad. Las laceraba con orgullo. Dio la orden y la pequeña caravana retomó el camino hacia el corazón del campo salvadoreño. Las empleadas se quedaron cuchicheando; se les escapaban algunas carcajadas entre el murmullo de sus voces. Cuando desaparecieron los cheles tras la nube de polvo, la dueña les ordenó regresar al trabajo, ella también con una sonrisa mal contenida.

En la vanguardia iba la furgoneta del líder. Ahí se encontraba la mayoría de la delegación europea que escuchaba las aventuras del Comandante con ahínco. Dentro del vehículo, el país entero se contorneaba con cada historia que el Comandante contaba en su español cargado de un fuerte acento alemán.

—Estaban en el frente de nosotros con sus armas largas, examinándonos como un carnicero a sus vacas, listos para matar. Ninguno de nosotros fue armado, solamente un compa trajo una carabina inusuable para defender de ladrones comunes y otras cosas. Todos congelados, yo supe que algo tenía que hacer. Doy un paso al frente y levanto las manos. «Hablar, señores», decía yo, a pesar de que no supe casi nada de español. Y es que yo no sé qué es, yo no me creo héroe ni nada por el estilo, pero en situaciones así, un mecanismo se activa en mí. Eso es automático y muy eficiente; toma control de mi cuerpo y mi

pensamiento. Mucha gente se congela, pero yo actúo...yo no sé qué es. Gracias a eso, salimos todos vivos de ahí.

Los extranjeros prestaban atención al totémico hombre. No entendían qué hizo exactamente el Comandante (la mayoría ni hablaba español), pero entendían que fue algo valiente e importante. Se imaginaban a El Salvador de la guerra civil como una especie de viejo Oeste, pero en blanco y negro comunista. Dos grupos enemigos de campesinos se encontraban en medio de un pueblo neutral, listos para matarse, cuando irrumpió en la escena nuestro protagonista quien con muchas agallas arregló el asunto para que no pase a mayores, cual sheriff de pueblo. La que hacía notas de todo, una arqueóloga griega regordeta y retraída, garabateó en su libreta sin perder la oportunidad, «pueblo de mayoría antidemocrática» y abajo «los exguerrilleros normalmente no se llevaban bien con los soldados». Se le cuestionó al Comandante si alguna vez empuñó un arma, a lo que le siguió un discurso sobre su valentía, la cual sintió cuestionada.

—No—dijo haciendo una pausa—. No, no, sabés, yo no creo en las armas. Creo que el valor viene de otro lado, no de un pedazo de metal que mata. Cualquier puede empuñar una arma, ya ves Adrián, que es analfabeto y a cuántas personas mató—el chofer no escuchó por sus oídos lastimados de tantas detonaciones durante la guerra. Igual dirigió una sonrisa un poco tonta a todo el

grupo al escuchar su nombre—. En realidad, importante es el apoyo real que se da a la gente, no el sentimiento muy hombre que te da una arma, eso siempre lo dije. De hecho, en dos ocasiones, la Comandancia General del Ejército Revolucionario del Pueblo me ofreció portar armas; la primera vez, llegó un día el jefe de la región de San Miguel para decirnos que hacían falta compas en el sur, en el volcán Chinameca, y me dijo que quiere que yo vaya allá como subcomandante. De inmediato rechacé la oferta y le dije que mis habilidades eran mejor como intermediario entre los campos de refugiados hondureños y la guerrilla. Me dijo que negarse a una orden era considerada insubordinación grave, pero no dije que sí. «Haga lo que tenga que hacer general, pero pensando en el beneficio del pueblo». La mirada se suavizó y comprendió que yo tenía razón...había ideales, púchica. Ahora el pueblo se vende a quien mejor paga.

—¿Y la segunda vez? —preguntó una española.

—No recuerdo—contestó secamente el Comandante con la mirada grave, siempre grave puesta en la lejanía. No dio más explicaciones y permitió que se asentara un silencio elocuente.

No hubo más conversación durante un buen tramo del trayecto. Toda la tropa iba pensando en las palabras del general y todos iban comparándose con su propia entrega a la causa justa, la cruzada por los pobres. Cuántas veces no habían escatimado en alguna donación, pensaban algunos. Yo hubiera luchado,

sin pensarlo dos veces si hubiese vivido en esa época, pensaban otros. ¿Qué cambió? ¿Por qué no se sigue luchando?, le preguntaba a su libreta la arqueóloga griega. La imagen de compartir un cigarro a la orilla de una rivera con el Comandante en su juventud, alimentaba la imaginación de varios. A falta de referencias, el grupo imaginaba al Comandante joven como a un Che Guevara rubio con su puro, cabello largo y barba desaliñada.

Con los ojos fijos en la carretera, el Comandante iba haciendo bromas pesadas con Adrián que solamente respondía con las risas nerviosas y pueriles. Nunca se le quitaron desde que comenzó a pelear a los nueve años. La carretera iba dejando atrás los poblados más o menos claros de esa franja de tierra que accidentalmente se volvió nación. En su lugar, aparecían montañas que eran una réplica gigante de la tierra arada de los campos de café que la invadían. En cada valle, más bien zanja, uno podía imaginarse cómo años atrás tantos guerrilleros saltaban de monte en monte, de caserío en caserío, de pueblo en pueblo. El Comandante dio un respiro profundo; finalmente se sentía en casa.

### III

00:00. 06 de mayo de 1983, un día después del natalicio de Farabundo Martí. Los compas de las fuerzas especiales debían estar iniciando en ese momento el ataque sorpresa al cerro del Pacayal. Al partido le gustaba que todo

fuerá simbólico. Se sentía ansioso y cansado solamente de pensar en los 20 compas de la cuarta sección metidos por 24 horas en un pequeño hoyo en la tierra. Como era un ataque sorpresa, iban todos desnudos y pintados con excepción de sus respectivos cinturones que cargaban con granadas, pistolas y algunas municiones.

Recordaba con amargura los tiempos que le tocó ser parte de la instrucción de esas tácticas vietnamitas en ese país tan lejano y extraño para él. Caras achinadas y cuerpos morenos gritándole qué hacer en la desesperación por la barrera del idioma y luego, sin entender bien qué era lo que tenía que hacer, a cavar un hoyo gigante; seguir el ejemplo de los negros y meterse en el hoyo con ellos. Así como iban, desnudos y de soldadito. Era joven en ese entonces, pero no entendía cómo había aguantado los terribles olores, la humedad reconcentrada de la selva, las ganas de cagar y mear, y el poco aire que le llegaba a través de los respiradores diminutos. Al final todos se sentían como una sola masa sudorosa y maloliente de humanidad atrapada. Después de 8 horas que le parecieron una eternidad, el argelino que sostenía la tapa que los escondía finalmente la había quitado para revelar una total oscuridad que se respiraba nueva y fresca...en esas debían andar ahorita los 20 compas de la cuarta: guerrilleros a los que él entrenó y en los que confiaba con su vida.

Aunque el centro de comunicaciones del cerro estaba bien protegido, tenían mucha esperanza en la Comandancia General del Ejército Revolucionario del Pueblo. Según ellos la operación iba a ser exitosa. Si lograban desactivar las comunicaciones del ejército que de ahí se emitían, sería un golpe fuerte para los enemigos. De esa manera le pensaría dos veces en su ya anunciado intento de reconquista del este del país que seguramente comenzaría con San Miguel. Una de las radistas que tenía consigo comenzó a recibir comunicaciones del movimiento de las fuerzas especiales. El general procedió a dar órdenes. Al mismo tiempo que se ejecutaba el ataque al centro de comunicaciones, se dirigía un ataque contra la Tercera Brigada de Infantería. Rodearlos y capturarlos prometía suficiente equipo para un par de tropas completas.

Con ambas manos puestas en la mesa, repasaba toda la información que las radistas le proporcionaban y a toda comunicación le regresaba una respuesta. En ese ajetreo febril andaba cuando llegó el chele. El muy cabrón, viendo que estaba muy ocupado, solamente se quedó parado enfrente de él. ¿Qué putas quería que no pudiera esperar? Aunque estaba tratando de evitarlo, el general cruzó su mirada en esos estúpidos ojos grises descoloridos que brillaban de ingenuidad. La Comandancia General había decidido que el chele este era un activo necesario por las donaciones periódicas que conseguía en Europa quién

sabe cómo, por lo que tenían que hacerlo sentirse bienvenido. Mandó un mensaje rápido a los comandantes Roger y Raúl que parecían ya tener la operación bajo control sin ninguna baja de elementos claves y se dirigió al alemán.

—¿Qué nuevas Juan?—así le decían al chele, que en realidad tenía un nombre complicado que nadie podía pronunciar porque era alemán—. Andamos ocupados con la operación Janeth Samour, más vale que sea urgente.

—Yo sé ahorita que el operación es hoy. Yo quiero ayudar, estoy listo. Yo practico mucho con armas y los compas confían sobre mí—le contestó el chele con su español quebrado y esa «r» tan rara de francés con garganta enferma.

—Mirá, Juan. Ya van varias que pedís arma, pero eso no me ha sido autorizado. Ya sabés que en la comandancia se decidió que se integraban plenamente al partido solo los nacionales. Para los internacionales es más bien excepcional. Además, nos servís mucho más de suministro, mejor seguile con eso. La revolución de algo se tiene que sostener. Especialmente ahorita, pase lo que pase, en la operación se va a ocupar equipo médico. Y la lucha sigue, compa—le contestó con un claro tono de hartazgo.

Cada vez que se iniciaba una operación en el frente oriental, cercano al campamento montano en el que se encontraban, el chele venía a molestarlo.

Tenía tantas ganas de disparar que finalmente se aprobó que el compa tomara lecciones, con tal de que se estuviera quieto. Pero el muchacho no estaba bien de la cabeza. Siempre que el general hablaba con él se le quedaba mirando como si fuera una pintura y le daba la impresión de que nunca escuchaba. Además, repetía como maníático eslóganes de la revolución con la mirada puesta en la lejanía. Era de esos que se lo tragaba todo, el chele este. En sus sueños de hermandad comunista, el muchacho siempre pululaba a través de todo el campamento con prisa y tratando de atrapar saludos militares de todo a quien se encontrara.

Sus peores momentos eran cuando sacaba su cámara instantánea con la excusa de que necesitaba pruebas para sus contactos en Alemania de que se estaba luchando a favor de la Causa Justa de El Salvador, como le llamaba siempre a la méndiga guerra. El maldito aparato seguía a la tropa a todos lados sin importar en qué andaban. Los compas no se podía echar sus pupuchas a gusto sin que el cabrón fuera a fotografiarlos incesantemente; nadie se podía echar un cigarro en paz en la noche sin que llegara el *flash* a aturdir. Un compa le había contado al general que andaba «haciendo del cuerpo» al aire libre porque la letrina estaba ocupada y que en eso le llegó un flashazo. Le empezó a gritar de cosas al culero y ya se lo andaba cachimbeando cuando llegó el general Pérez a darle una reprimenda. Al final todo quedó en que el chele quemara la

foto para que no hubiera más bronca. El muy cabrón solo dejaba descansar cuando se iba a Honduras a contrabandear suministros que les confiscaban a los salvadoreños refugiados allá.

A su cabeza fanática, extranjera e inexperta no convenía darle un arma, pensaba el general. El alemán sería probablemente como los gringos, que les encantaba ir caminando por ahí enseñando mucho equipo, pero a la hora de la hora, eran los primeros combatientes que se dispersaban. Ni los soldados, asesinos del pueblo, eran así.

—General, yo puedo ayudar en otra cosa. Permiso y yo ayudo—insistió el chele.

Harto de la insistencia de Juan y en vista de que se quedaría ahí insistiendo al menos que le mandara a cubrir un «puesto», decidió mandarlo a joderse al compa Pedro que había andado de flojo las últimas semanas; sabía que el alemán le caía en los huevos.

—Andate con el compa Pedro, decile que le digo que te ponga a hacer algo.

—¡Sí, general!—gritó el muchacho alemán y en su excentricidad y terrible español, se retiró gritando—¡Que viva el partido del pueblo!

De verdad no entendía cómo diablos ese veinteañero estaba tan metido en la guerrilla salvadoreña. La inactividad que han de vivir en el maldito primer

mundo, como para que los muchachos se fueran al cagadero del mundo a pelear por una causa ajena. En fin, pensó. Recuperó lo más importante de la información que le pasaban las radistas y prosiguió su trabajo de coordinación. El ataque iba bien y después de unos minutos ya estaba de nuevo muy metido en su trabajo. Para él era como una meditación coordinar las tropas cada que se hacía un movimiento. Uno debía tenerlos bien puestos y la cabeza bien fría. Las unidades sufren bajas y esperan guía desde lejos; él era el protector de decenas de vidas humanas. La estrategia, la concentración y la adrenalina lo hacían sentir vivo y útil. Pensaba cada nueva noticia como una nueva movida del enemigo en una partida de ajedrez. Las radistas le pasaban información a medias, a veces confusa por la falta de señal o por la difícil codificación de los mensajes y con eso se las tenía que arreglar. Estaba absorto en ese juego hasta que escuchó que lo necesitaban urgentemente en el campamento.

—¡Púchica! ¿Qué no entienden que estamos en medio de una operación importante? ¿Qué putas quieren?

—Es el chele, General.

—¡La gran puta!

#### IV

Llegaron a un cruce de caminos en medio de los maizales y dieron vuelta a la derecha. El camino de terracería se extendía unos veinte minutos hasta que la calle topaba con el río Lempa. Estaban ya en el pueblo que recibiría la ayuda. Mientras avanzaban despacio, se aglutinaban varios curiosos a los lados de la furgoneta. Casi al final del pueblo, cerca de la orilla del río, estaba la casa de la simpatizante a la que iban a socorrer.

El Campeón de los salvadoreños bajó del vehículo dando un fuerte resoplido. De la otra camioneta bajó otro chele, su cercano acólito, su esbirro eternamente sonriente. Le ordenó que bajara el paquete. Mencho, Sancho Panza moderno, era un exguerrillero salvadoreño que desde San Salvador ondeó la bandera de la libertad del Frente Martí en la ciudad. Bajo la clandestinidad del techo universitario transformó a algunos citadinos burgueses en combatientes montanos en los primeros años de la revolución. Su cruzada heroica dentro del país duró poco dado su alto perfil; el compa era el hijo de uno de los hombres más poderosos del país y era descendiente directo de don Francisco Dueñas Díaz, su tataratataratatarabuelo. Su familia era una de las 14 familias cafetaleras de El Salvador. Todavía guardaban sus títulos de nobleza coloniales y desde hace años controlaban la política salvadoreña. Su perfil llamaba demasiado la atención, por lo que para ayudar al movimiento se exilió en Alemania con dinero paterno que robó sin remordimientos. Allá es donde conoció a su

maestro, el Comandante Juan, como le decían con cariño en la guerrilla. El alemán formó a Mencho en los principios marxistas-leninistas de una manera mucho más profunda que en su periodo de formación en San Salvador. Durante los años ochenta, juntos convencieron a muchos europeos idealistas de donar recursos para el pueblo salvadoreño desplazado por la guerra y refugiado en países vecinos. Lo obtenido lo utilizaban luego para apoyar al otro pueblo, el armado.

En el aire se sentía una expectativa muy grande que, aunada con el calor opresivo, podía causar desmayos en las almas más débiles, pensaba el Comandante. Mencho agarró el paquete que debía bajar y dirigió breves sonrisas y saludos al pueblo que se reunía a su alrededor. Ambas figuras heroicas destacaban entre la gente con su melena color sol y su gran altura. Con la mirada fija en la puerta de una pequeña casa, el Pastor del Pueblo caminaba con Mencho a la zaga. Sin dignarse a voltear a ver a nadie, el hombre anunció su llegada en voz alta para de inmediato abrir la puerta principal, la única en realidad, del pequeño caserío. Como si la puerta misma supiera que el Comandante estaba cerca, crujió con respeto, se ladeó en alabanza y quedó completamente abierta hacia afuera. El Comandante sintió la agradable brisa de aire frío acompañado de un olor a humedad que encerraba el oscuro cuchitril. Nuestro héroe se adentró en la casa a medio construir y permaneció un momento

en el umbral de un cuarto. Las ventanas del lugar estaban cubiertas por cortinas improvisadas de juegos de sábanas con motivos de Disney. Los estampados de Mickey Mouse, Pluto, Goofy y Minnie Mouse danzaban con el viento haciéndola de querubines y serafines para la entrada del Redentor. La casa permanecía en silencio. Como en un pequeño rezo en el zaguán en obra negra, el Comandante no decía nada, sino que permanecía a la espera de ser bien recibido.

Desde los últimos gobiernos revolucionarios, la gente estaba sumamente confundida en cuestiones de política según la clarividencia del Comandante. Pensaban que la pobreza era causa de estos gobiernos y no de los estragos de la oligarquía terrateniente que todavía tenía demasiada fuerza. Sin embargo, el partido, y el Comandante como uno de sus representantes, seguía haciendo trabajo de campo, de pueblo y de ayuda con las manos en la tierra. Aunque cada vez contaban con menos aprobación y menos recursos, los agentes del partido seguían llevando cosas pequeñas como medicinas, víveres ocasionales y, sobre todo, equipo médico proveniente de hospitales alemanes que lo tenían en desuso. El Comandante seguía teniendo la esperanza de un renacimiento del sentir revolucionario en el alma de la gente. La lucha era ahora contra su mente atontada por el mercado y la propaganda de los medios oficiales que calumniaba constantemente al partido y a compas que le eran muy caros. Estaba seguro, sin

embargo, que la estupidez de la gente se podía curar poco a poco con acciones aparentemente de bajo impacto, pero de trascendencia grandísima. Una medicina para un campesino en necesidad podría resultar en una vida salvada. Una silla de ruedas podía cambiar la vida de alguien, de verdad lo hacía. Lo que inquietaba al Comandante era la actitud del pueblo ingrato. Todo mundo aceptaba los apoyos, pero al mismo tiempo traicionaban a la revolución votando por dictadores. La sola idea lo mantenía sin dormir por las noches. Mientras la gente tuviera necesidad no podía descansar; mientras hubiera gente que recibiera gustosa apoyos, el Humilde estaría feliz, aunque no satisfecho.

Terminó el murmuro-rezo del Comandante y comenzó a entrarle la desesperación. Mencho, que estaba detrás, no hacía ningún ruido; respiraba cuidadosamente para no perturbar al Maestro en sus meditaciones. Le sorprendía la templanza, la ética y la disciplina de trabajo de este. En su inmutabilidad, el Comandante ni siquiera había notado el halo que las moscas le formaban alrededor de su cabeza medio pelona. Los Mickeys, el Comandante y sus moscas; parecía una escena renacentista moderna. La tragedia de la pobreza y la pureza en un encuentro íntimo. Los contrastes recordaban a las sombras de Bartolomé Esteban Murillo; la atmósfera oscura con belleza y miseria mezclados en un mismo cuadro, también. De pronto, salió rápidamente de uno de los cuartos una pequeña niña de no más de diez años a través de una

sábana. Iba con el pelo desaliñado y una piyama rosa casi fosforescente. Detuvo su correr juguetón al percatarse de las visitas. Con la cabeza agachada, sus ojos negros se atrevieron a mirar despacio hacia arriba. Con una sonrisilla, examinó al hombre redondo y alto.

—¿Qué tal, pequeña? Le traemos un kit de salud a tu madre, ¿le puedes decir el aviso?

No entendió lo que dijo el Comandante por su fuerte acento y solo permaneció mirándolo, mordiéndose los labios como aguantando la risa.

—¿Qué decís?—y se rio puerilmente sin dejar de mirarlos con esa falta de pudor característica de la mirada infantil.

El Comandante, con la autoridad que su experiencia le brindaba, decidió pasearse por la casa ignorando a la niña con un mohín de desprecio. Se introdujo sin pena en la cocina y en ambos cuartos para ver si en algún lugar estaba la susodicha señora, excolaboradora de la guerrilla, mientras Mencho lo esperaba en el recibidor. El Comandante escuchaba los pasitos de la niña tras él y suspiraba una y otra vez, exasperado. Odiaba a los niños. No podía aguantar sus faltas de respeto, su alma juguetona y apolítica. No podía con el cinismo de la infancia actual. En contraste, los mensajeritos del ejército revolucionario eran fieles combatientes y seres políticos conscientes de la causa campesina y obrera. Recordaba con nostalgia a aquellos pequeños bien formados en sus filas,

recibiendo encomiendas vitales para la revolución y haciéndolo todo de buena gana. Lo hacían por convicción, no solamente por el pan, ni por su familia asesinada. Esos niños eran elementos verdaderamente útiles para la sociedad, a diferencia de los niños de la posguerra con sus miradas iconoclastas.

Con especial cariño recordaba la historia ejemplar de los mensajeros que se transformaron posteriormente en compañeros de guerra, como el mismo Adrián. Aunque el Comandante nunca pudo pelear con armas, en los cuarteles tuvo mucho tiempo disponible para simpatizar con esos pequeños guerreros. Muchos crecieron considerándolo una figura paterna a la que se debe respetar; eso sí lo enternecía. ¿Qué sabía de ello esa mocosa que se burlaba de él con risillas burguesas y que lo perseguía juzgándolo con sus ojos ingenuos?

Aunque la casa era pequeña, el Comandante la recorrió con una lentitud infinita, fijándose en cada detalle de la cocina y del cuarto vacío, en cada fotografía en blanco y negro, de la época gloriosa, aun si dolorosa, de la guerra. En la cocina, tomó una pupucha que sabía que la señora le convidaría si lo viera recorriendo el lugar, con esa camaradería que solo los compañeros de armas conocen. Delicioso maíz de manos de tierra, frijoles de trabajo duro y queso de crianza y tradición. Dio un sonoro eructo, que Mencho pretendió no notar, y se siguió a los otros dos cuartos. Extrañado y un poco molesto, paró en seco su

caminata en la puerta principal de la casa y examinó el patio con sus ojos.

Mencho hablaba en voz baja con la niña detrás de él.

—Compañero, —dijo Mencho inseguro y con la angustia de haber interrumpido al Comandante en su solemne silencio revolucionario—dice la cipota que la señora regresa hasta dentro de media hora, que fue al río a lavar.

El Piadoso volteó molesto y sin decir nada, se reintrodujo en la casa y se sentó en la mesa de la cocina. Quitado de la pena, devoró más pupuchas, mientras que Mencho la hacía de guardia por la puerta con el paquete todavía en sus brazos. La niña, por su parte, se aburrió del panzón y de su nervioso esbirro y se fue a molestar a unas gallinas que estaban en el patio. Habiendo acabado de comer, la pareja quijotesca permaneció en espera impaciente de la señora de la casa que tardó más de una hora. Bien podían dejar el kit médico en la casa, pero el Comandante creía que lo más importante del trabajo de campo era ver a los ojos a los campesinos para expandir la inextinguible flama del quehacer revolucionario, más contagioso que cualquier pandemia y más fuerte que cualquier dictadura. Todo era por la lucha interminable.

Finalmente, llegó la señora acompañada de su hija mayor. Una vez adentro, el Dadivoso eufórico comandó a Mencho hacer entrega del paquete a la hija y abrazó fraternalmente a la señora. La señora no respondió tan efusivamente al abrazo y más bien quería examinar lo que le entregaban.

—Ah, mirá, qué bien... ¿me le incluyeron ahora sí la medicina que faltó la vez pasada?—habló una voz fuerte, pero senil. Era Faby, una vieja colaboradora del partido desde los tiempos de la guerrilla; en su casa llegó a hospedar a cuadrillas enteras de guerrilleros, fueran tiempos favorables o no para la Revolución. Una verdadera efemelenista.

—¿Qué te trajeron, ahora? ¿Llegó ora sí lo de la diabetes?

Las dos mujeres empezaron a examinar lo que venía adentro y a sacar todas las diferentes cajitas. Mientras corrían las cortinas de Disney para que entrara luz y lograr ver algo, en la cara del Comandante se dibujaba una media sonrisa, entre satisfecha e insaciable. Había que continuar el trabajo. Sin despedirse, salió sin apenas hacer ruido, como flotando en su caminar, con una gracia impresionante a pesar de su gigantesca barriga. Siguiéndolo con pasos inseguros, iba tras él su Sancho Panza.

Se sentía satisfecho con lo logrado por la Organización. A pesar de sus fondos tan limitados (sobre todo por sus viáticos transatlánticos) habían logrado llegar a casi 20 familias con su programa Caja de la Salud. Personas como Faby dependían de estos apoyos y lo poco se pudiera hacer era ya de por sí bastante. La liberación de las primeras necesidades es la primera libertad que necesita el pueblo para combatir.

Salió contento de la casa de Faby haciendo caso omiso del bullicio de la población reunida a su alrededor. Cerró la puerta de la furgoneta justo cuando se escuchaba la voz de la señora que maldecía al chele por su inútil limosna. «¿Qué mierdas voy a hacer con siete frascos de analgésicos?», se escuchaba desde adentro, pero el Amigo del Pueblo ya no escuchaba nada. La señora incluso salió buscando insultar al estúpido extranjero, pero sus gritos ya no fueron escuchados. Los extranjeros dentro de la camioneta estaban entusiasmados con la visita del Comandante; ver a este en acción y sobre todo ver a la gente satisfecha y con sus agravios deshechos, sus entuertos enderezados, era para ellos muy caro. Todo el grupo dentro de la furgoneta se despedía con una sonrisa de la señora. Pensaron que ella les despedía con un adiós emotivo, pero no entendían su español. Atrás quedó la señora agitando los brazos mientras gritaba injurias contra la Organización. El momento quedó grabado en una fotografía que la arqueóloga sacó y así inmortalizó el aparente agradecimiento deshecho en emoción. La foto sería luego publicada en las redes sociales de la Organización para sus campañas de recaudación de fondos.

Mirando orgulloso su lista, el Comandante logró tachar finalmente el último nombre que quedaba pendiente. Esa zona del Salvador tenía una gran historia de cooperación internacional y mientras él estuviera vivo, la gente estaría saludable. La otra camioneta, con Mencho al volante, seguía el camino

que el Pastor de Pueblos marcaba. Dejando atrás a los curiosos, la furgoneta se alejaba cada vez más deprisa levantando una nube de polvo sobre el camino que los envolvía completamente. Siguieron su camino sin poder mirar con claridad hacia afuera; todo lo veían como con polvo en los ojos. Para los campesinos, esa partida los dejaba llenos de tierra por la terracería suelta y la sensación renovada de que se les abandonaba a su propia suerte.

La siguiente parada del grupo era la plática de formación política para los extranjeros. El Comandante estimaba que los testimonios de la Revolución eran esenciales para el crecimiento del fuego revolucionario y servían para recaudar fondos. Si se tocaban heridas todavía no curadas de compas de guerra traumatizados, era un sacrificio necesario que el Campeón de los Salvadoreños estaba dispuesto a hacer.

## V

Un poco alejado del círculo, en una parte más elevada, se veía la figura de Juan. Ahí estaba el alemán como siempre viendo todo con cara severa. No tardaría mucho en sacar su cámara, pero a los guerrilleros les dio igual y siguieron jugando a las luchas. En medio de un círculo de otros guerrilleros, se ponían los participantes frente a frente para luego tumbarse al suelo entre gritos. Con la operación en marcha, el general no andaba encima de sus cabezas

diciéndoles qué hacer, por lo que todos aprovecharon para hacer lo que se les antojara. El campamento estaba tan alejado de la operación que en realidad su deber era simbólico. Proteger la retaguardia no significaba nada si estaban tan metidos en la montaña.

De pronto, Juan trató de comunicar algo que nadie entendió. El compa Pedro solo alcanzó a oír su nombre, pero ignoró el grito y continuó en la pelea. Juan parecía preocupado, pero la verdad le importaba un comino ese cabrón y sabía que si le ponía atención lo asediaría con preguntas incomprensibles. Mejor ignorarlo.

Iba a la carga el compa Pedro, directamente contra su contrario, el Regatas. En esos juegos entre guerrilleros muchas veces se liberaban tensiones bastante reales. Sin embargo, las reglas bien establecidas lograba que la juerga normalmente no pasara a mayores. Iba con vuelo cuando el otro compa se metió entre la multitud que estaba apostando por él. Cuando casi lo tenía, se estrelló contra el círculo donde algunos lo empujaron de regreso al centro. Se levantó enojadísimo insultando de todas las maneras posibles a la madre de los contrarios. El Regatas andaba bien cansado y por eso jugaba con esas mañas. Los del semicírculo que apoyaban a Pedro se enojaron porque aquello hubiera podido ser el fin de la pelea sin esa mano negra. Empezaron a surgir gritos entre los dos lados. El Regatas también traía ganas de bronca entonces alguien gritó,

«¡Ora sí, cabrones!». El círculo se rompió y empezó una pelea amigable, de esas que el saldo máximo es un ojo morado, poca sangre y algún brazo adolorido. El alemán que había estado viendo todo, gritaba y gritaba que pararan. Andaba a sana distancia de los golpes por lo que nadie lo escuchaba realmente.

Juan sintió que ese era su momento, que debía de actuar para parar esa guerra dentro de la guerra entre personas que deberían ser camaradas entre sí. Continuó su intento de parar todo a gritos. Cuando ya estaba cerca para que lo escucharan, el compa Pedro lo vio y aprovechó la confusión para soltarle un buen vergazo que lo dejó bien sentadito y confundido por unos segundos.

Todo mundo seguía con los nervios exaltados y se andaban dando diestra y siniestra, aunque nunca tan fuerte como para romperle algo a alguien. En eso se escucharon varios disparos demasiado cerca de donde estaban los compas echándose carga. Asustados, todos se cuadraron de inmediato y se tiraron al piso, pensando que el ejército los estaba invadiendo. En eso ven que arriba de ellos, a no más de 5 metros, estaba el alemán con una M-16 apuntando al cielo y con los ojos exaltados de la emoción. Se acercó gritando «Hablar» y aunque algunos se empezaron a incorporar, la mayoría se quedó inmóvil. El Juan tenía fama de loco en el campamento, por lo que el miedo rondaba las caras jóvenes y coloradas de los guerrilleros.

—¿Qué chingados haces, Juan?—gritó el compa Pedro, acercándosele sin miedo. En eso, con los ojos desorbitados, el alemán se soltó otra serie de disparos que dejaron a todos congelados. Se acercó lentamente hacia los soldados y comenzó a tratar de decir algo.

—Es no muy bueno. Los compas están en operación y ustedes matan se entre hermanos. ¿Qué pasa? El general ordenó que yo voy aquí y ordeno que se calmen. ¿Por qué se matan? La revolución...—algunos compas estaban tratando de alcanzar sus armas a lo que el alemán contestó con un par de disparos más al cielo—La revolución no es esto. ¿Qué piensan? ¡Explican qué pasa!

Todos estaban callados, entre aguantándose la risa y las ganas de matar al hijo de puta que se creía su general. De nuevo fue el compa Pedro quien tomó iniciativa.

—Vos, te andamos diciendo que es solo juego. Aquí entre los compas nomás nos damos de a puro amor, vea vos, también te doy tantito siquieres.

El alemán no respondió a nada a eso, pero se escucharon las risillas de los compas. Había un rumor de que Juan era gay y que además andaba tras el Pedro. El chele no entendió bien lo que dijo, por lo que entre las risas volvió a gritar «¡Hablar!». Para entonces, ya se le había avisado al general. Se le acercó por atrás a Juan, para quitarle el arma. El chele levantó su arma para volver a

dar otro disparo y de un jalón el general lo dejó en el piso y sin el arma mientras gritaba «¡Por la gran puta, vos!». Todos comenzaron a reírse mientras el general ponía al chele boca abajo para esposarlo y se lo llevaba rumbo a la cárcel del campamento. Ahora sí se había deschavetado y la guerrilla lo tenía que juzgar.

Después de un tiempo del incidente, fue el juicio contra el alemán por uso indebido de armas de fuego en el campamento, algo que además pudo haber puesto en jaque la clandestinidad de la unidad guerrillera. El chele no entendía de qué se le juzgaba y trataba de explicar que en la situación en la que se encontraba tuvo que actuar. Todos los demás sabían muy bien que cosas como el estilo siempre pasaban y, aunque sí castigaron a los que iniciaron la pelea, el juzgado militar se inclinaba por una pena verdaderamente severa contra el alemán. Incluso se le podría imputar traición, lo que implicaba la pena máxima en los tribunales de guerra. Finalmente, por órdenes de lo más alto de la Comandancia, se recomendó dejarlo libre, pero exiliado de las operaciones de campo de la guerrilla. El chele era un elemento de conexión muy importante con recursos europeos, por lo que se determinó que trabajaría en los campos de refugiados en Honduras, desde donde seguiría ayudando a la causa sin representar un riesgo para el orden militar.

Por su parte, el chele, que vivía en otro mundo, pensó que el fallo del tribunal había sido completamente favorable para él. Entendió que se había

aceptado su justificación y que de hecho lo estaban ascendiendo a jefe de operaciones de suministro de Honduras. Lo único que lo entristeció es que en su nuevo puesto se encontraría lejos de la acción, de los guerrilleros de verdad y sobre todo de las armas. Pero feliz de haber cumplido con su deber aceptó gustoso el fallo del tribunal con su pecho inflado de orgullo por haber actuado cuando se tenía que actuar y de haber salvado vidas de compas que se habían dejado ir por sus pasiones. Al terminar el juicio, Juan se despidió del general poniéndose la mano en la frente y partió a Honduras a comenzar su nuevo trabajo. Allá habría de fundar una Organización No Gubernamental fachada que seguiría operando hasta después de la guerra. En papel era para un apoyo apolítico de los desplazados de la guerra. En la práctica era un eslabón importante de la cadena de suministro de la sección oriental de la guerrilla salvadoreña y luego del partido.

## VI

Finalmente llegaron al punto de encuentro. Los de la Organización, los exguerrilleros Clarín, Ester y Adrián, el chofer, estaban ya sentados en círculo esperando al Comandante. Con miradas compasivas, los extranjeros miraban a las cicatrizadas almas de los compas. En la cháchara todos cayeron en la cuenta de que nadie sabía qué se disponían a hacer ahora. Los exguerrilleros creían que

los jóvenes les expondrían algún proyecto y estos a su vez pensaban que los salvadoreños comenzarían un taller o una plática. El único que no se notaba incómodo por la situación era nuestro Héroe, sentado aparte del grupo con su mirada puesta en la lejanía del río Lempa y dándoles la espalda a todos. Una de las jóvenes se dio cuenta de que nadie sabía el siguiente paso y llamó al Comandante. Este murmuró algo incomprensible y dejó a todos en la expectativa. Estaba pensando en números: las donaciones, el dinero restante, las camas de hospital, los resultados de la elección. Acostumbrado a ese trato, los compas solo sonreían con paciencia. De pronto el Comandante se levantó de su asiento y se dispuso a decir algo, pero David lo interrumpió con su característica sonrisa exagerada y permanente.

—Pues si nadien dice nada, pero andan de curiosos, pues empieza Ester. Según la chele dice que cree que esto era para platicarles de la guerra—y riendo, aventó un poco de tierra a los pies de Ester, empolvando sus chanclas.

El Comandante se incomodó por la interrupción, se subió los pantalones acomodando la barriga y procedió a caminar alrededor del círculo, tratando de esquivar la atención del hecho de que había estado a punto de decir algo hace unos momentos. Sus pasos callados serenaban el círculo de intercambio de ideas y su lento rodeo mantenía su aura de sabio de pocas palabras.

—Bueno, qué bonito estar aquí—comenzó Ester con la mirada puesta en el jugueteo nervioso de sus dedos—. La verdad cuando se acuerdan de uno sí da sentimiento porque el gobierno de ahora y la sociedad ya ni nos recuerda. Primero me presento, yo me llamo Ester, era médica del frente. Y yo, pues, yo entré a la guerra por necesidad, como muchos de nosotros. Desde cipota mi padre me andaba dando la palabra: me explicaba por qué éramos pobres y las injusticias del mundo. Luego cuando tuve edad, me metieron al seminario, ya que era la primera. Ahí los padres no hicieron más que confirmar la semilla revolucionaria que mi padre ya me había dado. Era muy hermoso porque nos enseñaron que ser revolucionario no era más que preguntarse, ¿qué haría Jesús? Y pues de ahí venía toda nuestra formación política, aunque había mucho que aprender. Imagínense, desde los trece años ya andaba yo pensando en meterme a los movimientos, buscando la Revolución con lo que nos tocaba hacer a nosotras, las compañeras. Y yo fui de las primeritas. Todavía antes de que se unificara el movimiento alrededor del Frente, mi padre y yo y nos habíamos ido a la montaña; lo dejamos todo. Yo tenía apenas quince cuando llegué a un campamento improvisado allá por San Miguel. Llegando me mandaron con la unidad de enfermeras, me aceptaron de una, sin preguntas. Sí, y me recuerdo mucho de la compañera Emilie, una francesa que nos de lo que había aprendido ella en su universidad sobre la ciencia médica. Obviamente, acá era diferente y

había que improvisar porque nunca había suficiente material para tanto herido. Pero se sentía como una verdadera comunidad que nunca he conocido en otra parte, mucho menos hoy en día donde ya ni en la iglesia siente uno eso que era tan bonito. Saben, los compañeros nos respetaban y nosotros ayudábamos día y noche. No digo que fuera fácil, especialmente al inicio todo era muy improvisado: los ataques, las retiradas, las armas que siempre fallaban. Si de una de esas casi muero. Fue algo muy duro esos tiempos, pero creo que ninguno de los que estamos aquí puede negar que la guerra nos enseñó mucho, yo diría que todo; yo a la guerra le agradezco todo lo que sé. Los compas no me dejarán mentir, ¿verdad?

Ester volteó a ver a los dos compas en busca de aprobación, pero solo se topó con una mirada lejana de Clarín y con la risilla de Adrián. Sin parar de jugar con la tierra bajo sus pies, Adrián tomó la palabra en medio de su risilla.

—Pues no sé, vos. A mí me enseñaron a matar y nomás. Yo nunca aprendí a escribir, ni leer, ni nada. Me ponían la pistola y a matar, nada de formación política, vea vos. De cipote de ocho entré y me traían de acá pa' allá, en dizque encargos, pero también de a muerte. Ya luego me graduaron de máquina de matar en las fuerzas especiales—con cada palabra que decía, su sonrisa iba creciendo y sus ojos se achicaban con brillo congelado—. Si ahí luego los mismos comandantes te mataban si levantabas la mano para preguntar algo

cuando explicaban las operaciones. Si algo, me enseñaron a ser más analfabeto, ji, ji, ji.

—No, pero compa, éramos hermanos. Claro que se aprende de la guerra. Lo poco que había era para todos, había conexión como la que ya no hay ahora. Y les repito que esos tiempos fueron terribles, no se los deseo a nadie, pero por una causa justa yo estaré siempre dispuesta a repetirlo. Púchica, había respeto.

—Todo para todos, pero para los jefes era un todo más grandecito—dijo Adrián y volvió a reírse con ojos brillosos. Después de esto, Ester siguió contando su historia con una llama aún viva. Durante sus impresionantes historias, no dejaba de hacer alusiones poéticas del partido y de la causa, con una voz inflamada de nostalgia de la guerra y de la muerte. Adrián después de sus primeras intervenciones calló con los ojos clavados en la tierra, jugando con ella y lanzándole un poco a los demás de vez en cuando. Su cara de apenas cuarenta años estaba llena de arrugas por tanta sonrisa nerviosa que cargaba desde los ocho, cuando le dejaron solo a su hermanita. La sonrisa menguaba de a ratos, cuando se le veía demasiado pensativo, pero la expresión de aquel niño no se iba.

—...los soldados me estaban arrastrando hacia el bosque, me daban por muerta, pero querían divertirse un poco más—el llanto interrumpió el dolor

hablado de Ester—si no hubiera sido...luego que resultó...el de la plaza, pues, era mi tío...

De pronto su historia se vio interrumpida por un llamado del Comandante. Ester confundida, rio un poco tocándose la panza y se quitó las lágrimas con sus manos.

—Ya cocinó el pescado, a comer si no me acabo yo solo—dijo el Pingüe Compañero, liderando al grupo hacia las mesas para comer. Los últimos en levantarse fueron los tres excombatientes pues tardaron más que los demás en quitarse esa pesadez fúnebre de la tragedia. Ester se secó las lágrimas con sus manos empolvadas y les hizo un ademán a sus otros dos compas. Dejaron su tristeza en las sombras de humedad sobre la tierra seca de Usulután.

## VI

El enojo la cubría por completo. Un enojo confundido con un miedo de muerte. En la cabeza pasaban imágenes de su madre, la hermana Sofía, Antonia. Quería comprobar si era verdad lo que le habían dicho...toda su familia asesinada. Por ella. Pausó esa línea de pensamiento. ¿Cómo que por ella?; más bien por el régimen opresor que la obligó a irse al monte será. Llevaba más de 4 kilómetros arrastrándose por el suelo y finalmente podía escuchar al pueblo; ya estaba cerca. Tenía ampollas en las manos por sostener el rifle con una fuerza

nerviosa por tantos días y comenzaban a sangrarle. Su ropa ya estaba casi completamente inservible y tenía la panza llena de espinas. Además, el cuerpo le había fallado por su inconsistencia y, aunque hoy no tocaba, tenía la regla. Ya mañana regresaría al campamento, tomaría una ducha y se llenaría de pomadas para descansar.

Ester seguía arrastrándose para el mediodía. El pueblo estaba tranquilo, parecía fantasma. Cuando los soldados ocupaban algún pueblo del frente, la gente moría lentamente entre los toques de queda y las humillaciones. No era la primera vez que su tierra natal regresaba a manos de la dictadura. Seguro no duraría mucho. Era pura diversión de los soldados, pues ni siquiera era un lugar estratégico para la guerra. Simplemente les encantaba ver el temor en la cara de la gente, sentirse muy hombrecitos con las más jóvenes y matar a alguno que otro que los miró feo para infundir respeto.

Cada muerto, cada cordero sacrificado, lo sentía como la muerte de un hermano y le dolía. Pero la familia de sangre era sagrada. El reporte que le dieron sonaba dudoso. Ester no tenía hermanos hombres y decían que habían matado a su madre, a sus dos hermanos y dos hermanas; presentía que llegaría a la casa para saludar a su madre como si nada, como siempre lo había hecho. Igual le quedaba la inquietud tras tantas amenazas. Le había dicho a su madre desde la navidad pasada que se viniera con ellos, pero no quiso escuchar nada

sobre la guerrilla. «Ya suficiente guerra me dan estos y estoy ya vieja», había dicho su madre con la mano puesta con delicadeza sobre la cabeza de los hijos de la tía Romelia que vivían en casa desde que su madre desapareció. «Pero llévate la gallina para que tengan algo diferente en navidad, la rosticé y rellené como le gustaba a tu papá». Ester recordaba en sus ojos el miedo resignado; ya la tenían bien identificada y intuía que a la siguiente las amenazas no serían pura palabrería. Además, el chisme entre las casas volaba rápido. Seguro sus visitas era información pública. De cualquier forma, su madre nunca se había ido al monte y nunca se iría.

Estaba cerca de la primera casa del valle. La casa parecía abandonada con el jardín demasiado crecido y algunas trepadoras sobre la puerta abierta. Tal vez finalmente los Pérez eligieron el lado correcto de la historia. Siguió arrastrándose hasta que divisó finalmente su casa. Se disponía hacia allá sin demasiado cuidado, emocionada por el reencuentro, segura de que vendría. Debió tener más cuidado.

Sintió una sombra. Un ruido tras de ella. Súbitamente despertó a un negro total.

Tenía un fuerte dolor de cabeza, no podía ver nada; sus ojos estaban todavía muy oscuros. Sentía un frío terrible y el cuerpo entero le picaba. Escuchaba a los lejos las voces divertidas de soldados. Sentía ardores como de

fustazos, por lo que pensó en esconderse. Sintió el agua que le daba la figura de su padre y le agradeció. Le preguntó por su madre, le dijo que la estaba buscando, pero ya no respondía. Trató de incorporarse sin éxito. Con la mirada todavía nublada empezó a reconocer la placita del pueblo y sintió sus manos pesadas. Se escucharon las campanas y frente a ella vio a un soldado que decía algo a gritos y miradas de animal. Sentía un escalofrío constante en todo su cuerpo y vio que casi toda su piel estaba morada y de gallina. Se quedó mirando a sus pies, que era lo único que alcanzaba a distinguir con claridad y vio que estaban limpios y sanos, con pintura de tierra. Comenzó a rezar.

De pronto sintió que una mano la tocaba y abrió bien los ojos. Una sombra le susurraba algo al oído, el fuerte olor a tabaco de la voz de víbora le produjo arcadas. Estaba segura de que venía lo peor al sentir el asqueroso tufo del soldado a sus espaldas, el dolor punzante. De pronto se oyó un grito y la inmundicia paró.

Sus pensamientos siguieron volando por el dolor y dormitó un poco. Estaba caminando por las grandes calles de San Salvador. Se veía frente a la universidad nacional, donde brillaban murales de sus compañeros en las paredes de las múltiples bibliotecas. Mujeres y hombres corriendo por una explanada verde. Saludó a Antonia y ya estaban en el aula de clases con una compa doctora al frente. Se percató de que alguien la saludaba por la ventana y vio a su madre

orgullosa. Le hacía señas con los dedos, por lo que salió y habló con ella. Le decía algo, pero no entendía. Desesperada, su madre que al principio se mostraba tan feliz, la agarró de los pelos con fuerza gritándole cosas inentendibles. Su voz era de hombre y no era su madre.

«Maldita perra. Solo porque era tío tuyo te salvaste... igual acá nadie nos ve». Ester cayó sobre la tierra y asustada rodó desnuda como estaba por el cerro entre los arbustos. Su madre retumbó los pies contra el suelo con un sonido que aturdía como disparos y todos los estudiantes nos voltearon a ver. Confundida, se incorporó a medias y trató de arrastrarse a donde escuchaba una fuente o un manantial, tenía que apurarse y escapar porque su madre estaba muy molesta. «¡La gran puta! ¡No estaba ya medio muerta?», escuchó mientras se deslizaba hacia la fuente. En su suave corriente flotaría toda la noche envuelta en dos oscuridades.

Amaneció en la orilla del río Lempa, aunque no sabía exactamente en dónde. Temblando de frío gateó por el alto pasto amarillento hacia una reja negra donde esperaba encontrar una casa. Se adentró por el patio aplastando las flores y las verduras plantadas en fila y finalmente llegó a la puerta de la casa. Dejó su peso caer hacia la puerta y después de unos crujidos la madera vieja se abrió de golpe. Tendida en el piso de nuevo, hizo un esfuerzo por pasar de la entrada al comedor y tomó el mantel blanco de la mesa para cubrirse del frío.

Se acostó un poco en el suelo cubierta hasta la cabeza del mantel y dormitó, virgen en asunción.

Pero antes de que se entregara por completo a esa luz, sintió el roce de su madre en sus cabellos. Volteó a ver y la descubrió muy cambiada, como envejecida. La vieja no la reconocía y le preguntó que quién era y qué quería. Ester, confusa, le dijo que era ella, su hija; le contó que venía del pueblo, que la habían capturado los soldados. La vieja dio un brinco hacia atrás y se persignó respirando fuerte, «¡Guerrillera!». Ester reaccionó. Miró a su alrededor y entendió que esa no era su casa. Buscó dolorosamente levantando la cabeza del suelo hasta que sus ojos hallaron un teléfono. Agarró con fuerza a la anciana por el brazo pidiéndoselo. No como favor, sino como orden. La vieja estaba asustada e hizo lo que le pedía por miedo a represalias. Hubo un intercambio de palabras en el teléfono. Nunca supo los detalles, pero la guerrilla la ubicó y se la llevó a Honduras para su recuperación. Del coma despertó solo después de seis meses y después de eso Ester pudo regresar a luchar. ¿Cómo no, si los habían matado a todos? ¿Qué otra familia?

«*Endlich ist der Moment hier, um zurückzukehren*». Así empezaba la entrada del diario que el Comandante escribió durante su vuelo transatlántico.

En español:

«Finalmente, el momento de volver está aquí. He recorrido el país entero, he tratado de hacerlo todo, el mundo es testigo. La lamentosa situación del pueblo sigue de mal en peor, el gobierno no escucha a su gente y por su parte el pueblo no ve a su gobierno, no ve su sed de sangre, ha sido cegado, atontado. Sigue el avance de la dictadura, sigue en retroceso la revolución, pero todos viven en una tranquilidad frívola. La gente ha sido privada de cualquier compás moral y ya no distingue entre el bien y el mal.

Nosotros no podíamos confirmar la legitimidad de un gobierno autoritario, por lo que falló la distribución total del apoyo; los distritos traidores no merecen nuestra consideración, no se lo han ganado. Nuestro alcance baja y baja, no hay ninguna antorcha que recoja mi flama. Siento que me faltan fuerzas para seguir resistiendo. Ya no soy aquel joven enérgico con sueños de un futuro mejor, pero el problema principal es que ya no existen jóvenes como yo alguna vez lo fui. ¿A dónde voltear a ver si los valores que nos movían parecen haber muerto? Es duro regresar siempre con un alma más pesada y unos ojos apagados que solo son sombra de los de antaño. No puedo creer en un pueblo que no cree en nosotros...que no cree en mí».

Su mente despierta lo llevaba a la total decepción, hacia la aceptación del despropósito de sus viajes, de la Organización y sus intentos de ayuda. Era tan fuerte el sentimiento que apenas acabó la última palabra y cayó dormido, derrotado. Sin embargo, las grandes ideas nunca responden a la razón y el destino manifiesto del Comandante comenzó a presentársele en su suave dormitar arrullado por el aire acondicionado del avión y el leve traqueteo de los cielos.

Lo soñado no era nada nuevo, sino que era más bien un recordatorio del propósito de lucha y del sacrificio que esta siempre implicó. Su voz interior lo llevaba de la mano en un repaso de sus motivaciones, aquella plática con un excombatiente, las injusticias del mundo globalizado, su soledad en Alemania, su renombre en El Salvador, el agradecimiento más puro de los que no tienen nombre ni futuro. Tuvo sueños proféticos, más luchas por delante, éxito y gloria. Su voz interior lo estaba llamando; esa voz que lo llevaba cerca del superhombre lo sacudía hasta los huesos, evitando que cayera bajo el peso más pesado. Estaba en el auge de su epifanía, veía rostros de una nueva generación traicionados por promesas falsas. Su voz gritaba estribillos de guerra del partido, luchando en contra de esa caída. *¡La vanguardia del pueblo que lucha será la que nos guiará a la victoria final! Revolución o muerte, ¡venceremos!*

En la vanguardia distinguía a su propia figura. El sentimiento de lucha se

mezclaba con relámpagos de éxtasis religioso, escuchaba a los teólogos de la liberación, escuchaba la Palabra: *Tengo otras ovejas que no son de este redil; a éstas también me es necesario traerlas, y oirán mi voz, y serán un rebaño con un solo pastor.* La voz se desbordaba, era física. De pronto, su propio sonoro ronquido lo levantó de su duermevela y tomó la pluma para finalizar su entrada de diario con una nota más feliz.

«¡La gente es estúpida, pero es mi gente! No hay descanso mientras la gente tenga necesidades.»

Por puro impulso, no sabiendo qué hacer con su brote de energía, tomó la Biblia que el hermano Gonzalo de la diócesis de San Miguel le había regalado y paseó por sus páginas desinteresadamente. Siguiendo la vieja tradición de bibliomancia, en algún momento el Comandante pausó la hojeada y leyó. La línea en la cual se posaron sus ojos resultó profética.

*Toca la guitarra y recorre la ciudad, prostituta olvidada; toca bien y con tus canciones se volverán a acordar de ti.*      Isaías 23

Lo entendió todo y emocionado durmió como bebé todo el camino.